

dossier



Apuntes
sobre
socialismo

Miguel Espinaco



mdh

www.elmangodelhacha.com.ar

Apuntes sobre socialismo

Estos apuntes empezaron a escribirse en el dos mil. Se terminaban oficialmente los noventa - que en Argentina coincidieron con lo más crudo del discurso neoliberal - y el mundo asistía a una especie de bisagra simbólica: el fin un siglo y de un milenio.



Originalmente habían sido pensados para la radio, así que siete años después hubo que en gran medida reescribirlos para que sirvieran en una revista pero, más que eso, para sacarles en polvo de la historia.

En lo central, no tanto había cambiado. El hombre, que sabe el funcionamiento de casi todo, sigue sin saber como funciona el sistema social en el que se mueve: guerras, cracks bursátiles, hambrunas, períodos de bonanza y más y más crisis, siguen apareciendo como sorpresas creadas por la naturaleza, como casualidades fuera de control. Como el mundo del capital no se deja domesticar, los sabios que no saben inventan a cada rato dioses que – prometen - harán el trabajo que ellos no pueden, el de arreglar las cosas: “manos” invisibles, “mercados” que ajustan los flujos de producción y de consumo como si supieran, “leyes” inmutables que son contradichas por cada nuevo terremoto económico.

La necesidad de escribir sobre el socialismo es la necesidad de definirlo. El siglo XX con sus socialismos realmente existentes, sirvió para que socialismo se convirtiera en una mala palabra equivalente de atrasos económicos y de falta de libertades. Sin embargo, aún para muchos de los que todavía la defienden, la palabra socialismo ha perdido también su valor original, se ha convertido en otras cosas, en tantas que corre el riesgo de convertirse en ninguna.

No es raro encontrar por ahí a tantos que se dicen socialistas y que aseguran que socialismo es nacionalizar todas las empresas o que juran que socialismo es distribuir mejor el ingreso, cosas así, simplificaciones que reducen la aspiración socialista al sueño de un capitalismo con aspirinas. Y ya se sabe que las aspirinas apenas si disimulan los síntomas, que la enfermedad sigue como si tal cosa.

Estos apuntes apuntan solamente a dejar algo anotado sobre las posibilidades del socialismo, a salvarlo de ese bastardeo, a ponerlo de nuevo en el temario. Pero se trata nada más que de palabras, así que sería un error buscar un manual, sería una tontería pretender una especie de hágalo usted mismo del socialismo.

Porque, huelga decirlo, que el socialismo sea o no sea dependerá de la historia que todavía está por verse. Y por hacerse.

Las cosas por su nombre

Antes era llegar al primer mundo. El capitalismo globalizado, te decían, no hay otra vieja, hay que adaptarse o perecer, hay que adaptarse o quedar en la lona. Ellos, mientras tanto, meta mover millones de millones con un click en la computadora, meta hacer subir y bajar los mercados traficando comida, máquinas, armas, remedios, seres humanos que se compran y que se venden, que se los hace laburar como burros y que después se los desocupa y bien gracias, meta contratar economistas para que adornen el cuentito con cifras de déficit fiscal y de producto bruto interno, meta contratar vendedores de ilusiones para que te expliquen que si te esforzás llegás al éxito, dale contratar policías para que te domestiquen y políticos para que te envasen el verso en paquetitos de colores para que vos votés a uno hoy, a otro mañana.

Después vino la crisis y el infierno tan temido y enseguida un escalón arriba después de que los sueldos se esfumaron. Ahora capitalismo serio, neodesarrollismo, dicen algunos, viva la soja y el petróleo y el superávit fiscal para pagar deuda y para subsidiar a empresarios y para ganar voluntades y votos. Y entonces algunos que vuelven al trabajo, un poco de respiro aunque el pobrezómetro que no se mueve casi nada, aunque la redistribución del ingreso como una promesa, aunque los discursos llenos de mañanas abundantes de prosperidad que al final no llegan.

A mi no me gusta para nada hacerme el distraído. Casi nunca critico al modelo, ya sea al de los noventa o al de ahora, por lo menos no hablo casi nunca nada más que del modelo. Donde muchos hablan del modelo o del plan y critican, yo digo derecho viejo capitalismo y critico, no me convencen los eufemismos, prefiero llamar a las cosas por su nombre. Y no es que sea nomás una cuestión de palabras, es que en la crítica empieza la construcción de las alternativas.

Si critico el modelo de los noventa, sólo al modelo, tendré que pensar en algo así como en un capitalismo con patrones buenos que repartan la ganancia, soñar con eso, pero no. Enseguida se nota que no alcanzaría con una campaña de abuenamiento - ni por las buenas ni por las malas - enseguida se notaría que el problema no es nada más que un problema de buena y de mala gente, enseguida se notaría que, como escribe Galeano, las cosas te compran y el automóvil te maneja y la computadora te programa y la TV te ve, se notaría que el sistema del capital funciona inclusive a pesar de los capitalistas que sueñan con manejarlo.

Es que la lógica del capital tiene su propia vida que vive de algún modo antes que sus dueños. Si de golpe, todos los patrones se volvieran buena gente - cosa tan difícil porque cada cual es quien es - gente caritativa y comprensiva, se fundirían sin remedio y otros tomarían su lugar, porque ocurre que la única regla del capital es la de ganar plata para multiplicarse y para sobrevivir, ocurre que en este juego no hay lugar para ser humanos, no hay espacio para ser gente.

Las famosas leyes de la competencia son apenas la costra de las leyes de la violencia cotidiana de miseria, barbarie, desocupación, sueldos por el piso. No puede escapar a ellas aquel pequeño comerciante que sube los



precios o que despide, ni puede escapar aquel grande que controla millones o que trafica armas, remedios y gente, porque hacerse humano es quedarse afuera del juego.

Entonces, por eso, mejor empezar por la crítica de las cosas tal cual son, no a tal o cual modelo, crítica integral al sistema del capital, al sistema de explotación del hombre por el hombre, en el cual muchos laburan, otros son descartados y una minoría acumula las riquezas que se producen. Si no, si no vamos a la raíz del problema para buscar las soluciones, esas soluciones resultarán nada más que parches que se terminarán arruinando más temprano que tarde. Y de estos parches está llena la historia del capitalismo que ya lleva un par de siglos de vida.

Esta primera parte será, para no aburrir, apenas una introducción, apenas la excusa para dejar anotado un plan de acción para estos apuntes que irán en entregas: primero habrá un poco de historia sobre como apareció este sistema, en qué consiste su mecanismo, y más adelante, algo sobre las alternativas al mundo del capital que fueron apareciendo en la historia y entre ellas tendrá - claro - su lugar privilegiado el socialismo.



La explotación disimulada

Las palabras son un problema, a veces no se sabe qué es lo que llevan adentro. Por eso, para evitar malos entendidos voy a intentar, antes que nada, definir qué es eso que se llama capitalismo lo cual no es poca cosa, es cosa complicada porque se han escrito toneladas de libros para explicarlo y esto es una revista en internet, así que voy a tratar de ser esquemático.

Dos cuestiones, entonces. El capitalismo es un sistema de explotación, eso quiere decir que algunos se quedan con el trabajo de otros. Por ejemplo, Macri trabaja nada más que de presidente de Boca y de candidato a casi todo, pero gana plata con sus acciones, que si valen cada vez más es porque hay trabajadores que trabajan. Amelita de Fortabat trabaja nada más que de coleccionista de lindos aviones y de cuadros caros, pero se quedó con la parte de león del esforzado trabajo de unos cuantos. Rockefeller, decía Facundo Cabral antes de volcarse al misticismo más insoportable, hizo su fortuna con el sudor de la gente.

Sin embargo, no todos los sistemas de explotación son capitalismo. Los faraones egipcios se rascaban a dos manos mientras miles de tipos cosechaban en las márgenes del Nilo o construían las famosas pirámides, y los emperadores romanos comían uvas en sus festicholas mientras muchos esclavos ponían el hombro a lo largo, a lo ancho y a lo alto del imperio. Y los reyes y los papas de la edad media disfrutaban en palacio, mientras miles y miles de campesinos laburaban de sol a sol y pagaban impuestos y diezmos para bancar la fiesta de los grandes señores.

Lo nuevo del capitalismo es que logra disfrazar la explotación. Ya no hay reyes que reinan por gracia divina, ni emperadores omnipotentes, no hay amos y esclavos, sino una comunidad de hombres que aparecen como libres para contratar, libres para hacer lo que más les convenga. Democracia occidental, dice ahora Bush, libertad, igualdad y fraternidad, se decía antes, las banderas de la revolución francesa de 1789, ya hace un toco de tiempo. Libertad, en verdad apenas teórica, que en la práctica resultó libertad para los dueños del capital para hacer trabajar a otros y multiplicar así esos capitales y libertad para los trabajadores libres, ya no esclavos, ya no súbditos, trabajadores libres para regalar sus saberes a bajo precio, para trabajar de sol a sol o morir de hambre, para vender esfuerzo a cambio de un salario que le permita sobrevivir para seguir trabajando.

Sin embargo sería injusto decir que el capitalismo es nada más que un sistema de explotación más disimulado. La verdad es que el capitalismo es el primer mecanismo que permite realizar una producción a escala verdaderamente social, gigantesca. Los egipcios juntaban a miles para hacer pirámides, pero para hacer pirámides solo se necesitaba mucha gente, tiempo y bloques de piedra. El capitalismo logra juntar las cabezas de millones de trabajos complejos que por sí solos no serían útiles, desde el que extrae el mineral hasta el que empaqueta el producto terminado, pasando por el que fabrica las máquinas para hacer el producto, por el que produce la electricidad para que las máquinas funcionen, por el que piensa y coordina el proceso, por el que maneja los transportes en los que viajan mercaderías y gente, y miles y miles de etcéteras, miles y miles de pequeños trabajos que se coordinan socialmente para que cualquier producto exista. Y cuando digo cualquier producto me refiero a cualquiera, a un auto, a un lavarropas, a un antibiótico, a la computadora en la que lees esta nota, a un paquete de chizitos.

Pero este disimulado sistema de explotación que parió en los últimos siglos este salto a la producción social se choca contra sus propios límites. Por eso,



contradictoriamente, su propia lógica esconde la semilla del socialismo y al mismo tiempo la semilla de la barbarie.

Rebobinemos. Por un lado, dije que el capitalismo era un sistema de explotación del hombre por el hombre, un sistema de explotación más disimulado que, por ejemplo, el esclavismo, pero un sistema de explotación al fin, en el que algunos pocos se quedan con el fruto del laburo de muchos.



Por otro lado, dije, es el primer mecanismo histórico que logra realizar y coordinar una producción a escala gigantesca, planetaria, que logra sumar millones de trabajos individuales agrupándolos a escala social. Basta pensar en ese auto que está pasando por la calle, para que exista ese auto se han sumado trabajos de ingenieros de muchos países, de obreros que en distintos lugares del planeta construyeron y ensamblaron cada parte, de infinidad de trabajadores administrativos que coordinaron la producción, el transporte, la distribución para que el auto llegara a andar hoy por cualquier calle de Santa Fe o de cualquier ciudad del mundo.

Sistema de explotación por un lado, sistema que parió este salto a la producción social por el otro, sistema que se choca contra sus propios límites, sistema que ya hace mucho que ha demostrado su fracaso histórico porque su propia lógica de explotación - el capital existe para multiplicarse y no tiene otra razón de ser que la de multiplicarse - hace que esos trabajos individuales no se coordinen para que la gente viva mejor, sino para que el capital realice su propia e inevitable lógica de reproducción, o sea en buen romance, la producción es para ganar plata, para ganar más y más sin que quede lugar para pensar en el beneficio social, en las necesidades colectivas de la sociedad que es la que trabaja para ese capital.

Entonces, el resultado: la concentración de la riqueza en pocas manos, la multiplicación de la pobreza, la desocupación convertida en una enfermedad social crónica, temas que se siguen repitiendo en esta historia de la sociedad capitalista década tras década, que no son la resultante de este o de aquel modelo de capitalismo, son la resultante del capitalismo, del fracaso de este modelo histórico llamado capitalismo que ya tiene un par de siglos de vida adulta.

Pero ya nos hemos visto obligados a usar algunas palabras que exigen también ser definidas. Qué es realmente el capital?

Para intentar responder a esto, habrá que ver cómo es que apareció este sistema y a partir de ahí entonces, se podrá desarrollar eso de que la propia lógica del capitalismo esconde la semilla del socialismo y la semilla de la barbarie, una tensión que solo resolverá la vida, la historia de las ideas y de las luchas.

Génesis

En la revista pasada, habíamos quedado en la definición de capital, en tratar de dilucidar qué es lo que significa capital, porque no estoy hablando para nada del término contable, de la acepción con que se lo usa más comúnmente esta palabra, sino del valor que tiene este término en la comprensión del funcionamiento del orden, o mejor dicho del desorden capitalista. Entonces el capital no es el dinero o ni los edificios. Ni siquiera las máquinas. Todas estas cosas necesitan convertirse en capital, o sea en la relación social que permite a algunos hacer trabajar a otros por un salario y quedarse con buena parte del producido de este trabajo.



Para ver este asunto, lo mejor es fijarse un poco en cómo nació el capital, porque las herramientas de trabajo, la tierra para cultivar, e inclusive el dinero, existían mucho antes de que naciera el capitalismo, la cuestión es ver cómo fue que se convirtieron en capital, en esta relación social que permite la explotación del trabajo ajeno.

Muy esquemáticamente, antes del capitalismo los medios de producción eran de los productores. Por ejemplo, la tierra estaba subdividida en pequeñas extensiones que eran trabajadas por los campesinos, las máquinas, que eran en realidad herramientas simples, eran del artesano que las trabajaba. Los medios de explotación eran más burdos, por decirlo de una forma sencilla, más transparentes: impuestos del señor feudal, diezmos para la iglesia, en muchos casos directamente esclavitud, sujeción a los dictados de los señores que se quedaban con una parte del trabajo de los que trabajaban. El dinero tenía en general una utilidad para el intercambio y no para acumularlo en grandes fortunas. El comercio era muy simple y tenía un alcance local dentro de las ciudades o de pequeñas regiones. El que producía, vendía una pequeña parte de su producción y compraba algunas cosas que no podía producir él mismo.

Había entonces propiedad privada de los medios de producción como las herramientas y la tierra, pero esa propiedad privada era propiedad privada del mismo trabajador y era utilizada por él y por su familia porque eran ellos mismo los que trabajan con esos medios de trabajo.

Sin embargo, por diversos factores que se combinaron entre los siglos XVI y XVIII en Europa, (factores como los adelantos técnicos, el retroceso del mundo feudal, la aparición de un sector con peso político propio en las ciudades llamadas burgos, de ahí el término burguesía) por estos diversos factores que se combinaron, decía, se comenzó a dar un proceso de concentración de la tierra en lo que al mundo agrícola se refiere, y de agrupamiento de los trabajos que antes hacían los artesanos individualmente o en pequeños talleres, en las primeras grandes fábricas del mundo industrial.

El proceso de concentración en el campo fue un proceso violento, una historia de pillaje, de aplastamiento político y de expropiación a los pequeños productores que, sin sus fuentes de sustento (el trabajo de la tierra) debieron emigrar a las ciudades a formar los primeros contingentes de trabajadores libres y sin propiedad, listos para vender su trabajo por un salario. La concentración de grandes fortunas fue

impulsada también por la explotación de las nacientes colonias americanas y por otras perlas de la reconocida catadura moral del capitalismo naciente, como el comercio de esclavos desterrados violentamente desde África, o el liso y llano ejercicio de la piratería y la invasión.

Concentración de los medios de producción en manos de la naciente burguesía, por un lado, contingentes de obreros disponibles como mano de obra por el otro. Las condiciones para el funcionamiento del capitalismo estaban dadas. Los medios de producción - las máquinas, la tierra, las herramientas, el conocimiento - ya no eran solo medios de producción, ahora eran capital, ahora eran esa relación social en la que algunos - los propietarios capitalistas - son explotadores que se quedan con gran parte del trabajo ajeno, y los otros - los no propietarios proletarios - estaban disponibles para vender su trabajo por un salario, o sea para venderse a sí mismos, lo único vendible que tenían.

El Capitalismo, había escrito en el número anterior, esconde la semilla de la barbarie. Nació expropiando los medios de producción a los trabajadores directos, con métodos que nadie dudaría en definir como bárbaros y, en su vida adulta, su única lógica es continuar expropiando el trabajo ajeno. Un cálculo de algunas décadas atrás, hecho con datos estadísticos, demostraba que de cada Ford Falcon que producía la empresa Ford, los obreros que lo fabricaban se quedaban con el equivalente al valor de una puerta, la patronal con el resto. No me juego a imaginar cómo resultaría hoy un cálculo similar, ya que la distribución del ingreso entre trabajo y capital es todavía peor que en aquellos años.

El caos en la producción que se rige por las leyes de la ganancia y no por la ley de las necesidades sociales, el desperdicio de esfuerzo humano, de trabajo que no le sirve a nadie, como por ejemplo la fabricación de armas o la producción de diversidad de bienes que solo difieren en el envase (como en el brutal ejemplo de los medicamentos), de cosas que no le sirven a nadie, la concentración gigantesca de la riqueza, las crisis monumentales que ocasionan el exceso de capitales que se destruyen mutuamente y destruyen vidas en guerras terribles, las dictaduras y la violencia que debe ejercer un sistema que no se sostiene por sí solo y que necesita de Videlas, de Pinochet, de Hitler, la prostitución y la delincuencia que crecen entre los miles de millones desplazados por esta organización del trabajo y de la sociedad que se llama capitalismo, provincias y regiones que no entran en el mundo globalizado, continentes como África que vuelven al pasado porque no entran, no caben en el mundo del capital. La semilla de la barbarie está en el capitalismo.

Pero también está la semilla del socialismo. Ese mundo del pasado, ese mundo precapitalista en el que los medios de producción eran de los productores, no podía sobrevivir. El capitalismo ha hecho saltar por los aires todas las formaciones económicas anteriores, que no permitían coordinar los trabajos individuales para convertirlos en un trabajo social capaz de salir de la pequeña región y construir redes de comunicaciones, aviones y antibióticos, pero esos mismos logros del capitalismo son puestos en riesgo por el mismo capitalismo. ¿cómo se sigue para que el capitalismo no lleve a la humanidad hacia el pasado? ¿cómo se defienden estos avances de la humanidad antes de que la barbarie presente se convierta en una más terrible barbarie futura?

Es ahí dónde empieza el problema de las alternativas.



Un paso adelante, un paso atrás

En el número pasado del origen del capitalismo te comentaba sobre la aparición en escena del capital, o sea de esa relación social que se establece entre los propietarios de los medios de producción (de la tierra, de las herramientas, de las máquinas) entre esos propietarios dispuestos a explotar ese trabajo ajeno por un lado, y los trabajadores sin propiedad, dispuestos a vender su fuerza de trabajo por un salario, por el otro.



Te decía que la aparición del capitalismo había significado un gran avance, porque permitió alcanzar una producción compleja, una producción a escala social, capaz de coordinar millones de trabajos individuales, que de otro modo, habrían quedado limitados casi a la pequeña escala de producción para el autoabastecimiento. También te decía que sin embargo, el capitalismo esconde a la vez de ese gigantesco potencial, la semilla de la barbarie, del retroceso al pasado, porque ese trabajo realizado por la sociedad trabajadora, esos esfuerzos coordinados de millones de trabajadores en todo el mundo, no son realizados con el objetivo de servir a la misma sociedad productora y consumidora para que todos vivamos cada vez mejor con el producto de ese trabajo social que crea técnicas y productos cada vez mejores, sino que tienen el objetivo de multiplicar - a través de la ganancia - al mismo capital que se concentra cada vez en menos manos.

Hay que hacer un esfuerzo para no pensar estas dos contradictorias valoraciones del capitalismo (avance y retroceso) como si fueran períodos, como si fuera: el capitalismo al principio fue un avance y ahora es un retroceso, no es así. Esta tensión fue siempre parte del capitalismo, desde sus orígenes. La apropiación primitiva del capital fue una historia de piratería, tráfico de esclavos, expulsión violenta de campesinos de sus tierras..... el capitalismo se impuso a sangre y fuego, con métodos indudablemente bárbaros. Entonces estas dos valoraciones coexisten durante toda la vida del capitalismo, esta tensión se mantiene y se mantendrá hasta que se resuelva de una vez por todas.

Si ponemos el lente en estos últimos años, en estas últimas décadas, veremos que este fenómeno al que han bautizado globalización, ha significado avances en el terreno de la producción, avances que se concentraron especialmente en la informática y en las comunicaciones, pero que ha significado en todos los terrenos ahorro de trabajo para la producción de los bienes y de los servicios que se producen en todo el mundo. Sin embargo estos avances coexisten con terribles retrocesos, porque no están al servicio del hombre sino del capital, al servicio de que el capital se multiplique mediante la ganancia. Hay que leer nada más las noticias y ver que aumentaron la marginación, la miseria, la desocupación, la corrupción, la prostitución, la mortalidad infantil.

La historia del capitalismo está plagada de estos avances-retrocesos, destrucciones masivas de medios de producción y de vidas humanas en dos terribles guerras mundiales y en otras muchas regionales, cracks bursátiles, decenas de feroces dictadores funcionales a la domesticación masiva de pueblos, exterminios. Avance y retroceso son

el resultado simultáneo del mismo proceso, porque para avanzar, el capitalismo debe sembrar la semilla de la barbarie, la explotación y el sometimiento del hombre y la naturaleza a sus propias necesidades de reproducción.

Un sistema sometido a esa tensión constante tiene que estallar y estalla. Estalla en grandes crisis convulsivas que se van de las manos de todos los analistas, en destrucciones masivas de capital porque llega un momento en que ya no hay ganancias para tantos capitales, y entonces hay veladas guerras comerciales y desnudas guerras militares, estalla en seguidillas de quiebras y de cracks bursátiles porque el capital necesita concentrarse y lo hace con violencia, con locura.

Pero el capitalismo estalla también cotidianamente, estalla en microestallidos en cada trabajador, en cada persona que se siente frustrada porque trabaja para comer lo suficiente para seguir trabajando y ve en sus hijos el mismo futuro, estalla en microestallidos en cada pibe que estrena su primer traje de delincuente para llegar al lujo que ve por televisión y que no le es permitido y en el que se dedica a robar simplemente para sobrevivir, estalla en delirios masivos, en fanatismos increíbles, en creencias religiosas que les causarían risa o estupor a los pueblos primitivos que bailaban alrededor de una piedra para hacer llover. Y estalla también en macroestallidos, en teorías que intentan superarlo, en revoluciones que experimentan esas teorías, en luchas de pueblos enteros.

Para empezar a tratar las alternativas al capitalismo que se postularon como variantes para reemplazar este sistema que sufrimos, me pareció lo mejor dividir las de una manera algo arbitraria.

En una primera parte, hablaremos de las reacciones al capitalismo, de las corrientes de pensamiento que propusieron volver atrás cuando vieron los problemas, el desmanejo social, el caos, al que había llevado el capitalismo.

La segunda variante será la de los parches que se intentaron para que el capitalismo siguiera su marcha pero que fuera de alguna manera más estable, menos imprevisible.

En la tercera parte, incursionaremos directamente en el socialismo. Y obviamente en este punto tendrá gran peso el balance de la revolución rusa y de lo que se dio en llamar "socialismo real", esa caricatura de socialismo que hoy les da pasto a los defensores del capitalismo para decir eso de que el socialismo murió, a pesar de que nadie ha inventado todavía otra forma superadora de esta actual sociedad que se rige por las leyes del mercado y por las leyes de la explotación del laburo de otros.



Nostalgias

Te decía en la anterior entrega de esta serie, que para hablar de las alternativas al capitalismo, íbamos a dividirlos en una forma algo arbitraria. La primera de esas esquemáticas variantes a las que nos vamos a referir ahora es a las que llamé reacciones al capitalismo, en las que agruparé un poco forzosamente todas las variedades de propuestas que aspiran a volver atrás, a un mundo precapitalista depurado de las tensiones actuales a las que arrastran la propiedad privada de los medios de producción, la producción masiva de bienes y servicios dominada por la lógica del capital y el orden social dictaminado por las leyes del mercado.

Una vez más habría que hacer la prevención de que esta división esquemática de las alternativas pensadas durante la corta historia del capitalismo, no obedecen a una sucesión. No es que primero apareció la reacción, la aspiración a volver al pasado, después las ideas de emparchar lo que fallaba y por último las variantes que se propusieron como superadoras, como post capitalistas. Todas estas ideologías coexistieron en diferentes grados durante todas las épocas, se superpusieron y se superponen, inclusive, en muchas corrientes de opinión y hasta en autores y pensadores que plasmaron ideologías que integran en diferentes grados, estas contradictorias variantes alternativas.

Vamos a tomar esta variante de lo que he dado en llamar reacciones al capitalismo con ese criterio. Cómo se fue presentando durante estos últimos siglos y también cómo se presenta actualmente.

Hablábamos hace unas semanas del proceso de aparición del capital, de cómo de las entrañas del feudalismo, caracterizado por una producción realizada por campesinos dueños de sus tierras y por artesanos dueños de sus herramientas, de cómo desde dentro de ese sistema de producción había surgido el capitalismo, la concentración de la tierra y de las herramientas y máquinas en manos de algunos por un lado, y la aparición de una masa de no propietarios, disponibles para vender su fuerza de trabajo por un salario.

Dije que este proceso había durado un par de siglos, que había sido realizado a sangre y fuego, violentamente. Fue una expropiación masiva a los pequeños propietarios que levantó respuestas y voces de repudio. Un tal Doctor Price, citado por Marx, se quejaba por aquellos tiempos diciendo que "si el país (se refiere a Inglaterra, claro) cae en poder de un puñado de grandes colonos, los pequeños arrendatarios, esa muchedumbre de pequeños propietarios y colonos que se mantienen a sí mismos y a sus familias con el producto de la tierra trabajada por ellos, con las ovejas, las aves, los cerdos, etc., que llevan a pastar a los terrenos comunales, no necesitando apenas, por tanto comprar víveres para su consumo, se verán convertidos en hombres obligados a trabajar para otros si quieren comer y tendrán que ir al mercado para proveerse de cuanto necesiten". Algún Menem de aquellos tiempos, le habría contestado: Doctor Price, usted se quedó en el 45 y así fue de hecho, así le contestaban.

Un adversario del Doctor Price sostenía que "no es lógico inferir que existe despoblación porque ya no se vea a la gente derrochar su trabajo en campo abierto. Si al convertir los pequeños labradores en personas obligadas a trabajar para otros se moviliza más trabajo, es esta una ventaja para la nación". Esta gente discutía por allá por el siglo dieciocho, pero los argumentos no pueden sino recordarnos los que se esgrimen para hacer pasar la flexibilización o las privatizaciones. Unos dicen que esto potencia la economía y es un beneficio para la Nación (este concepto de nación, obviamente no incluye a los que sufren la transformación que se defiende). Otros, los modernos Dr. Price, quieren volver con nostalgia la rueda de la historia. Unos dicen avanzamos, progresamos. Otros dicen con este costo preferimos no avanzar.

Pero haberle hecho caso al Dr. Price, a pesar de su legítimo enojo, hubiera sido renunciar seguramente, a muchos avances de la técnica que con la forma de producción medieval no se hubieran logrado.

Es esta la verdadera opción? Avanzar en medio de la barbarie que es parte del capitalismo o sino detenerse?

Chau, hasta el número que viene.



El tiro por la culata

Nos preguntábamos en la anterior entrega, si la única opción es avanzar en medio de la barbarie que es parte del capitalismo o sino detenerse, porque justamente estábamos hablando de las reacciones al capitalismo, de las corrientes de opinión que, ante el desbarajuste social que arma este sistema, se dedican a añorar las formas pre-capitalistas en las cuales no había un verdadero intercambio masivo de bienes ni se había desarrollado la división social del trabajo, por lo cual cada uno producía casi todo lo que consumía.

Esta tensión de la vuelta al pasado se refleja fuertemente durante todo el siglo diecinueve. El orden frente al cambio, lo sagrado frente a lo profano, la autoridad frente a la anarquía, son las antinomias levantadas por esta ideología tradicionalista que reivindica el orden medieval, su unidad y su armonía, oponiéndolo al desorden capitalista que tomaba forma ante sus ojos.

Sin embargo, esta ideología de la vuelta atrás no es historia antigua, sigue cruzando los puntos de vista actuales. Para tomar un ejemplo, la evolución de la biogenética y la decodificación del genoma humano provoca una doble y contradictoria reacción. Cualquiera de nosotros, vos o yo, cuando nos enteramos de estos avances de la ciencia, sentimos por un lado cierta fascinación, cierta admiración. Decimos qué bien, cuantas enfermedades podrán curarse, cuantas preguntas podrán responderse.

Por un lado esa alegría. Y por otro lado pensamos: "la que nos espera", qué irán a hacer con esto los mercaderes que venden y compran todo, porque las leyes del mercado imponen comprar y vender todo y no hay otra. Por un lado, no podemos menos que ponernos contentos por este espectacular avance de la ciencia, pero por otro lado nos asustamos con derecho, porque ya se sabe lo que hicieron con la energía atómica, por ejemplo, o con cualquier otro invento. Es que el resultado del genio creativo del hombre, cuando pasa por la picadora de carne del mercado y la ganancia, parece resultar su opuesto, es como si el tiro nos saliera por la culata. Inventamos mejores máquinas, y en vez de que el resultado sea trabajar menos, terminamos muchos trabajando más que antes y muchos desocupados y marginados. Inventamos nuevas formas de comunicación como la televisión y el resultado es un mayor aislamiento, nuevos medios de información y el resultado es el embrutecimiento y la desinformación, desciframos la clave de la vida y no podemos menos que temer que termine siendo usada para que la vida se negocie a precio de lista y en dos cuotas con tarjeta.

Esa contradicción de lo que sentimos vos y yo cuando leemos lo del desciframiento del genoma humano resume el problema: avance y retroceso al mismo tiempo, las dos caras de la misma moneda capitalista.

Entonces, como resultado de ese legítimo temor, aparecen los programas, los planes, los planteos que pretenden detener la historia. Basta! no inventen más nada! prohiban los experimentos, impidan la clonación, no manipulen más nada, dejen todo como está. Estos son

los planteos alternativos al capitalismo que nosotros hemos agrupado un poco esquemáticamente como reacciones al capitalismo. Quienes esto dicen, se parecen a los que en el siglo pasado querían volver al mundo medieval, o a aquel Doctor Price que mencionábamos, que miraba con terror la expropiación masiva a los pequeños agricultores de la Inglaterra de los siglos anteriores. Tratan de parar un tren con las manos y eso, evidentemente, no se puede.

Y aún si se pudiera, si se pudiera frenar el avance para no pagar el riesgoso precio que nos impone el reino del capital y del mercado. ¿Puede ser que la única salida sea detenerse? ¿congelar el genio creativo del hombre? ¿privarse de los nuevos inventos y de las nuevas técnicas para que el tiro no nos vaya a salir por la culata?

Aunque inevitablemente hemos tenido que llevar al extremo esta idea para que nos entre en este esquema de alternativas históricas al capitalismo que hemos hecho, la verdad es que el límite de esta idea de la vuelta atrás nos llevaría a los planteos de aquellos que quieren volver a la vida natural, a un mundo sin industrias, a un mundo detenido un par de siglos atrás. Pero lógicamente, hoy sería impensable que viviéramos 6 o 7 mil millones de personas en el planeta sin utilizar los avances que logró el genio del hombre.

El problema es que estos avances, sometidos a la lógica capitalista, tampoco están garantizando la vida, y se abre un signo de interrogación que es el que nos obliga a pensar alternativas.

En la próxima, vamos a hablar de algunas de las ideas que agrupamos en el segundo rubro de alternativas al capitalismo, de algunas de las ideas de los que pensaron que el capitalismo tenía arreglo si se lo emparchaba un poquito por acá o un poquito por allá.



Controladores controlados

En este esquema que hicimos para analizar las variantes alternativas que se postularon para calmar los males del capitalismo, habíamos empezado por hablar de las que llamamos reacciones, los que dicen: "qué problema es el capitalismo, volvamos atrás para ahorrarnos las complicaciones y listo". Decíamos que el extremo lógico de esta postura era el regreso a un mundo sin industrias, a un mundo sin tecnologías para producir en gran escala, a un mundo incapaz de abastecer las necesidades de todos los habitantes del planeta. Coman pasto, millones de vacas no pueden equivocarse, o su otra variante - la que habla de las moscas - pueden ser frases muy graciosas, pero también son perfectas ironías que muestran claramente la imposibilidad de volver atrás la rueda de la historia.

Como decíamos antes, estas ideas nunca se presentan en estado puro. Nadie llega al extremo de decir coman pasto, pero esta tensión es una tensión presente, expresión de un sentimiento también presente, que aparece cuando queda claro que cada avance que debiera mejorarnos la vida, la termina empeorando.

La segunda variante de alternativas que se presentaron, agrupa las que hemos denominado como parches, como intentos de ordenar el desorden capitalista. Muchos vieron con claridad que esto de la ley de la oferta y la demanda lanzada a la buena de dios, no funcionaba como decían los libros de propaganda. Había períodos de bonanza y después crisis espectaculares que desmoronaban el trabajo de años. Vieron con claridad también, que la propiedad privada tenía la mala costumbre de privar de propiedad a la mayoría de la gente, que lejos de repartirse la riqueza para la felicidad de todos, el mercado hacía funcionar a toda máquina aquello de que la plata llama la plata, de modo que los ricos se iban convirtiendo cada vez en más ricos y los pobres cada vez en más pobres.

La forma de razonar de los que defienden estas ideas es la de que el capitalismo no es tan malo, lo único que haría falta sería controlarlo, ponerle normas que impidan que el pez grande se coma al chico, ponerle una mano que frene los desastres que hace la mano invisible del mercado. Así de simple, pero también así de inútil, porque la mano invisible del mercado, que no es tan invisible, se las ha arreglado siempre para controlar a los supuestos controladores.

Y si no fijate. El estado, que ha sido siempre pensado y presentado como el controlador por excelencia de los desajustes producidos por el capital, ha sido siempre o casi siempre postulado, elegido, y en su caso corrompido por el capital, que lo ha usado para perpetuarse en su necesidad de seguirse multiplicando a costilla de los que laburan. Las leyes, que en teoría debieran ser controladoras de la justicia, se inspiran en las necesidades de los lobbies empresarios, en las necesidades de los que tienen plata para, por ejemplo, flexibilizar a los trabajadores. Los jueces, presentados como los que administran la justicia, lo único que administran es el mantenimiento de la injusticia de la miseria y la explotación legalizada.

Pero esto de los parches tiene larga historia. Casi que la historia de los defensores del capitalismo ha sido la historia de pensar los parches para que sobreviva, la historia de pensar leyes, organizaciones, estados de uno y otro tipo, teorías, porque el caos al que lleva la lógica capitalista en estado puro, hubiera sido insostenible.

La próxima vez voy a escribir de algunas de estas variantes. Lógicamente, voy a pasar revista a las variantes del estado benefactor y regulador y a las propuestas de los que hoy proponen humanizar el capitalismo, entre otras tantas ideas que se pensaron o se probaron durante estos tiempos de reinado del capital.



Muletas



En realidad, el capitalismo nunca ha funcionado en estado verdaderamente puro, en el estado en el que lo propagandizan por ejemplo, los más fervientes neoliberales. Eso de que la mano invisible del mercado es la que decide precios, cantidades de producción, flujos de inversiones, eso de que la supuesta mano invisible organiza la economía, forma parte mucho más del manual del verso político que de la ciencia económica seria. Nadie, verdaderamente nadie, cree de verdad estas cosas que no resisten el menor análisis.

En realidad, los que postulan el libre mercado a ultranza, pretenden que la regulación "invisible" la hagan los grandes concentrados de capital, las empresas monopólicas, así que estos que pregonan el capitalismo puro y sin ningún control que limite al control de la oferta y la demanda, saben que la mano supuestamente invisible que controla tiene algunos nombres y apellidos bien visibles y bien conocidos, en realidad tan conocidos que en general son sus propios amigos, esos con los que se codean en las reuniones sociales y esos que les pagan buenas sumas por repetir mentiras.

De cualquier forma, los que esto dicen son vistos como los más puros capitalistas y es por eso se han ganado la pole position en la antipatía del pueblo. Es tan, pero tan antipática esta posición que Menem, para hacerla pasar, tuvo que mentir salarizos y revoluciones productivas y después, como lo de economía de mercado sonaba demasiado brutal, decidió falsificarle el pasaporte a esta vieja receta y llamarla pomposamente economía social de mercado, para hacer pasar gato por liebre.

Pero volvamos a los parches. Mucho antes de que Adam Smith hablara por primera vez de la mano invisible del mercado, los patrones ya sabían que no se podía dejar andar al capitalismo con sus propios pies, que le hacían falta muletas. Durante la etapa de formación, cuando aún la expropiación a los pequeños campesinos estaba en marcha y por lo tanto escaseaba la mano de obra, ya se fijaban leyes de salario máximo. Ojo, no salarios mínimos, sino máximos, se fijaba un tope a lo que se podía pagar y se sancionaba al patrón que pagaba demás con 10 días de cárcel y al obrero que cobraba más allá del máximo permitido, con veintiuno. Ya ves, el capitalismo requirió de parches hasta en el mismísimo parto de este novedoso sistema de explotación.

El mismísimo Adam Smith, que inventó lo de la mano invisible que regula naturalmente todo, tuvo que aceptar que el estado debía garantizar algunas tareas que el mercado no garantizaba y los llamados neoclásicos - un siglo después, en la segunda mitad del siglo diecinueve - ya le desdecían lo de la mano invisible y pregonaban una todavía mayor intervención estatal.

Sin embargo no todos los intentos de emparchar el capitalismo discurrían por la vía de una mayor intervención del estado. Un sociólogo de principios del siglo veinte, llamado Durkheim - considerado un ferviente defensor del sistema capitalista - no podía evitar tomar nota de que eso de la igualdad en este sistema era bastante

dudoso, y proponía abolir la herencia para instalar la igualdad de oportunidades desde la cuna. Sin embargo su propuesta tenía por lo menos dos problemas: por un lado la abolición de la herencia, que sería un gran avance, no aseguraría por sí sola la liquidación de las desigualdades que surgen de la relación social de explotación que se multiplica a sí misma. Por otro lado, los que hacen las leyes son justamente los que tienen capacidad de dejar herencia, y no parece que la idea les haya parecido muy buena.



Otro intento de este tipo fue la idea cooperativista. Los defensores de esta alternativa, imaginan que si se hacen empresas en las que el capital sea de todos los integrantes y se reparten las ganancias, se acaba la explotación. Para que el cuentito funcione, tienen que olvidarse de que la empresa cooperativa está dentro de una economía que no es cooperativa y de que entonces hay que competir con capitales que explotan a los trabajadores y que tienen por eso menos costos. Tarde o temprano, forzados a alcanzar el empate jugando de visitantes, los trabajadores-propietarios tendrán que terminar autoexplotándose y flexibilizándose y bajándose los salarios, a no ser que se decidan directamente por terminar con el experimento cooperativo. Por otro lado, la historia de las cooperativas demuestra que - expuestas al mercado en el que hasta las potestades gerenciales tienen precio de venta - terminan siendo empresas manejadas por un grupo expuesto a la corrupción y a la tentación de convertirse, ellos mismos, en capitalistas importantes.

Sin embargo, el parche preferido fue el de la intervención de un controlador que pusiera coto a los desordenes que provocaba el capital y que preparara el terreno para su funcionamiento, que no resultaba de un proceso automático. Ya en el siglo pasado, Sarmiento formaba parte de una corriente de políticos que miraban con admiración al capitalismo inglés en expansión y cuyo paradigma era civilización o barbarie y civilización, para él, era integrarse al mundo capitalista en expansión. Fomentó la educación pública, justamente porque ese mundo capitalista necesitaba de una clase obrera alfabetizada y ni se le ocurrió esperar a que la mano invisible y la automaticidad del milagroso mercado le resolvieran el problema.

Las muletas fueron, ante todo, una necesidad para que el mundo del capital anduviera derecho. Sin embargo, han sido muchos los que han pensado y piensan que con buenas muletas, este sistema que nace y regenera la desigualdad, podría llevarnos hasta el reino de la felicidad.

Y el parche preferido ha sido siempre, claro, el famoso Estado. Esta lógica de poner a la maquinaria estatal en el papel de regulador del desorden capitalista, y por lo tanto al servicio de evitar que estalle, cruzó sin duda todo el siglo veinte y alcanzó su cenit durante la postguerra con el estado benefactor.

El Estado emparchador

Venía hablando de los parches para que el capitalismo funcione y quedé en escribir sobre el preferido de todos los parches, la intervención del estado para morigerar los efectos de la lógica del capital.

Un estado activo que participe en la economía, que fije normas antimonopólicas, por ejemplo, o precios máximos, o que haga las inversiones de infraestructura como caminos, diques, ferrocarriles o escuelas, es una idea que viene de lejos, pero que alcanzó su más alto punto con el estado benefactor edificado en la postguerra. Esta moda perdió viento en los ochenta y los noventa, cuando la ola neoliberal reflató las teorías de la mano invisible que produciría beneficios que supuestamente se derramarían sobre toda la población. Pero ahora que el cuentito se termina por aquello de que la única verdad es la realidad, vuelve a aparecer esta teoría del estado activo, vuelve a asomarse en los discursos de los políticos, que buscan palabras capaces de aparecer como alternativas al desastre vigente.

En realidad, la idea de remendar al capitalismo para que no termine desfondándose, es siempre funcional al mantenimiento del sistema. Que es funcional al sistema significa que le sirve, que le es útil, que le es necesaria, significa que el capitalismo no podría funcionar sin estos remiendos que han venido siendo probados durante toda su historia. La intervención del Estado ha apuntado siempre a tres cuestiones fundamentales.

Por un lado, el sistema es caótico. Una corriente de economistas capitalistas de la década del 60, llamada estructuralista, se dedicaba a explicar el funcionamiento de este caos con algunos ejemplos simples. Decían, por ejemplo, que si en un momento daba ganancia fabricar sombreros, muchos capitales se orientarían a poner fábricas de sombreros. Pero como, lógicamente, la demanda de sombreros tiene un techo en la cantidad de cabezas disponibles, cuando toda esa producción se encontrara en el mercado no se iba a poder vender y muchos se iban a terminar fundiendo. Todo este desperdicio de trabajo que es la marca de nacimiento del sistema capitalista, podía solucionarse - según estos emparchadores - si la mano del estado se dedicaba a orientar las inversiones con subsidios, impuestos diferenciales o lo que fuere.

La segunda cuestión a la que apuntó este privilegiado parche de la intervención estatal, fue a la inversión de infraestructura. Corrientes ideológicas emparchadoras del capitalismo como el peronismo - hubo muchas en el mundo de postguerra - apuntaron a poner al estado a montar las empresas estratégicas como comunicaciones, ferrocarriles, rutas, puertos y energía. Todas estas grandes inversiones, funcionaron como la base necesaria para que la sagrada "iniciativa privada" del capitalismo pudiera funcionar.

El tercer y último objetivo, pero no por eso el menos importante, fue el de limar un poco las asperezas que produce la cada vez más desigual distribución de la riqueza que produce este sistema. Obviamente, estas asperezas se traducen en luchas que ponen en cuestión al capitalismo, porque los trabajadores empiezan a pensar que hay que cambiarlo. Por eso este objetivo que resulta algo más simpático, también es funcional al capitalismo. No es que surja de algún residuo de moralidad de los que manejan los grandes capitales, es nada más que una forma de defenderse de males mayores.





Los nacionalismos capitalistas que llenaron el mundo posterior a la segunda guerra mundial, esas ideologías que postulaban dar algo a los trabajadores, tenían claro que si seguían como se estaba hasta ese momento, corrían el riesgo de que los trabajadores patearan el tablero, mucho más porque por aquellos años era común que los trabajadores fueran socialistas y anarquistas que tenían claro que el capital era el enemigo que los mandaba a la miseria.

En Europa, la construcción de grandes estados que garantizaban el seguro social, subsidios por desempleo, salud pública, derechos laborales colectivos y universidades, respondió también, en gran parte, a este temor de los grandes capitalistas. Los trabajadores de Europa salieron armados y victoriosos de la guerra contra el nazismo, y la ideología dominante entre esos trabajadores era el socialismo. Había que dar algo para no perder todo, y los capitales dieron algo.

Esta tercera función está hoy bastante devaluada justamente porque los capitalistas tienen menos miedo ahora que antes, porque los trabajadores están desorganizados y confundidos, sin ideologías propias, y como resultado de todo eso, lo suficientemente controlados. Por eso esta función se reduce hoy a lo que llaman "planes sociales", que ni siquiera alcanzan para erradicar la pobreza extrema, y a algunas promesas que funcionan solamente en los acotados tiempos de esplendor, de crear puestos de trabajo genuinos, claro que con salarios cada vez menores.

En este recuento de las cuestiones a las que ha apuntado la intervención del estado, no mencioné todas las otras funciones que ha tenido el estado para sostener el funcionamiento del sistema del capital, para centrarme solamente en las que son presentadas como alternativas al caos capitalista, pero habrá que dejar enumerado que el estado funciona y funcionó siempre también como gran maquinaria ideológica para convencer a la gente de que las cosas fueron son y serán siempre así, y funcionó y funciona como gran maquinaria represiva para evitar que las luchas cuestionen al sistema del capital. Para eso, tiene una patota armada siempre a mano para que las cosas no se salgan de cauce que necesita el capital para reproducirse, explotación mediante.

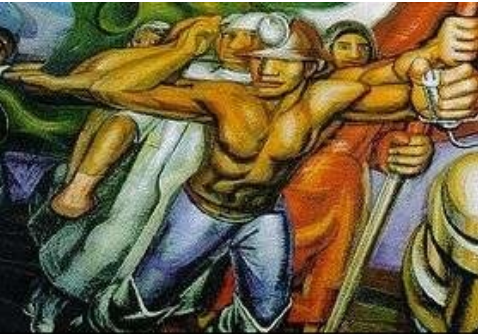
Sin embargo, mientras algunos políticos ensayan discursos sobre terceras vías y capitalismo humano que intentan recuperar algo de aquel estado activo - oportunamente adaptado a estos tiempos de globalización - los dueños del capital saben que el estado ha perdido mucho prestigio como parche posible y es bastante difícil convencer a alguien para que se embarque en esta alternativa devaluada. Por eso impulsan ahora como complemento, con mucha plata y con mucho verso, los llamados Organismos no Gubernamentales, las ONG.

Más allá de las buenas intenciones que pudieran tener quienes integran esas organizaciones, lo cierto es que sus esfuerzos son casi siempre desviados a la vía muerta de arreglar algunos de los muchos desarreglos que provoca el capitalismo. Pero los desarreglos se multiplican mucho más rápido que los parches.

En la próxima nos dedicamos al socialismo, la tercera alternativa que hemos marcado en este esquema de alternativas hecho para simplificar, aún a riesgo de que el esquema nos quede chico de sisa.

Un par de confusiones

Vamos a tratar de poner las cosas en orden, para poder introducirnos en esta alternativa, la que me parece la alternativa más seria al capitalismo que se ha edificado en estos siglos de vida de este sistema social, el socialismo.



Hablé en las entregas anteriores, de alternativas a las que llamamos reaccionarias, las que plantean una especie de vuelta de la historia hacia el pasado pre-capitalista, las que quieren detener los avances de la producción social para evitar los peligros que conllevan esos avances cuando caen en manos de la lucha despiadada por la ganancia de los poseedores del capital.

Hablé antes también de las alternativas a las que englobamos como parches, las que pregonan la posibilidad de un capitalismo ordenado, dirigido, controlado, que sea capaz de desarrollarse armónicamente para mejorar el nivel de vida de todos. El estado controlador, las organizaciones no gubernamentales, las cooperativas, todos esos intentos de domar el capitalismo para que no funcione guiado solamente por su despiadada normalidad.



El socialismo aparece entonces, en este esquema, como una alternativa que postula superar el capitalismo. Ni volver atrás el reloj de la historia, ni buscar la forma de que este sistema se domestique, sino cambiarlo por otra forma, por otro sistema social distinto, capaz de ubicar las decisiones sobre la producción social y sobre la riqueza social en las propias manos de los productores y de los consumidores.

Entonces, para hacer una especie de introducción a este tema del socialismo, es necesario despejar un par de confusiones muy frecuentes.

La primera es que a esta alternativa del socialismo se la confunde con las alternativas a las que hemos llamado parches. Muchos suponen, por ejemplo, que socialismo significa repartir mejor la torta, y la verdad es que si fuera solo eso, estaríamos hablando de uno de los tantos intentos de mejorar el capitalismo, de humanizarlo, como se usa decir ahora.

Pero socialismo - en la acepción que usaré en este trabajo - significa una forma totalmente distinta de organizar la sociedad, significa que los trabajadores, que el pueblo que trabaja y no los dueños del capital, deciden qué se produce, cómo se produce, cuánto tiempo se trabaja. Socialismo refiere a una sociedad en la que sean los productores y los consumidores los que decidan y administren la producción y, por lo tanto, significa que no se producirán las mismas cosas que ahora, que no se dilapidarán esfuerzos en producir tantas cosas inútiles, que no se producirá destruyendo la naturaleza como hacen los capitalistas para obtener ganancias a cualquier precio. Significa que se producirá lo que los productores-consumidores necesiten realmente, no lo que el capital cree necesario producir y vender para multiplicarse y multiplicarse, su único norte.

Esta visión emparchadora no nació de un repollo. La mayor parte de los partidos que hoy se llaman socialistas - como se llaman socialistas muchos de los que gobiernan hoy en países de Europa - pregonan este

supuesto socialismo que no va más allá de esta ilusión humanizadora de un capitalismo inhumano sin remedio. Son socialistas porque el termino resulta simpático y atractivo, pero son en realidad defensores del capitalismo, vendedores de un capitalismo envuelto para regalo.

La segunda confusión radica en que socialismo es construir un gran estado que organice todo, la vida de la sociedad, la producción, la distribución, absolutamente todo. Este bastardeo del socialismo fue impuesto por los llamados socialismos reales, fundamentalmente los de la URSS y el este de Europa. Si el nombre del socialismo está deformado o directamente borrado hoy de la conciencia de la mayoría, si hoy los defensores del capitalismo, los que cuidan sus capitales multiplicados con el esfuerzo de otros, pueden decir que el socialismo murió, es porque han existido estos estados que, en el nombre del socialismo, hicieron cárceles para los pueblos y montaron nuevas y terribles formas de opresión.

Pero no eran socialismo, a pesar de que la historia los recordará como los "socialismos realmente existentes del siglo XX". Eran tan lo opuesto del socialismo que para contar esta alternativa al capitalismo llamada socialismo, voy a arrancar por la negativa y voy a hablar de lo que esos supuestos socialismos no fueron para definir una suerte de deber ser del proyecto socialista, visto desde esta primera década del siglo XXI.



El mito del Estado socialista

Los esquemas son así, sirven para definir un mundo en el que los conceptos calzan como anillo al dedo. Pero hacer esquemas conlleva siempre algunos riesgos que no son menores.

El que nos trajo hasta aquí, fue pensado para separar las alternativas al capital entre las que apuestan a retroceder al pasado, las que quieren mantener emparchando y las que proponen cambiar por algo diferente y novedoso. Ya, como todo esquema, suena desde el vamos un poco forzado - por no decir un poco tramposo - pero peor aún, nos quedaron tantas zonas grises que tuvimos todavía que descontaminar el concepto socialismo para que no se nos mezcle con los parches de los distribuidores del ingreso y con los que confunden socialismo con estado.

Decía entonces, en la anterior entrega, que iba a hablar de los que fueron llamados "socialismos reales" durante el siglo veinte, porque para definir con alguna precisión de qué voy a querer hablar cuando hable de socialismo, voy a tener que contraponerle unas cuantas cosas que esos países no fueron, justamente porque no fueron socialismo.

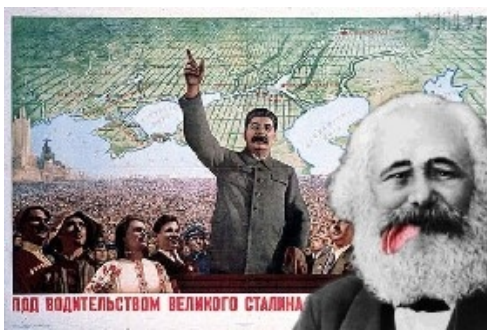
Voy a referirme a cuatro aspectos y otra vez los esquemas, pero si no cómo. Por eso, aunque los cuatro están muy conectados el uno al otro, los voy a tomar uno a uno tratando de hacerle a cada cual su propio casillero.

En esos cuatro aspectos voy a tratar de resumir todo lo que no tuvieron de socialistas estos países que se decían socialistas, empezando por la cuestión del estado - obviamente - pero siguiendo por la ausencia de democracia de productores y consumidores, por la sobrevivencia de la explotación y por la inexistencia de internacionalismo, todo para intentar llegar a una conclusión más o menos provisoria del por qué del fracaso de este primer experimento histórico de socialismo. Y ojo, digo fracaso del primer experimento histórico y no muerte del socialismo como dicen los que defienden al capitalismo y quieren convencerte de que el capitalismo es algo así como eterno.

La verdad, es que al capitalismo le tomó unos trescientos años instalarse como sistema dominante, y lo logró a fuerza de marchas y contramarchas, de triunfos y derrotas, de avances y retrocesos, de modo que con ese antecedente, no hay razón que autorice a decir que el socialismo está muerto, a no ser que uno trabaje de enterrador y quiera apurar el velatorio.

El primer aspecto que voy a señalar, entonces, es el del estado, y lo primero es definir qué es el estado. Para Marx, es nada más que el poder organizado de una clase para resolver sus asuntos y para someter a otra. O sea no es algo neutral que nos pertenece a todos, ni algo que está por sobre todos los individuos que son iguales ante su potestad. El estado es la organización del poder de algunos que se le impone a los otros, valga el ejemplo del estado argentino para dejar claro esta cuestión, ver cuál fue su función durante estos últimos tiempos.

Desde la segunda guerra mundial y hasta mediados de los setenta fue el



estado que construyó la infraestructura que necesitaban los empresarios para implementar la industrialización sustitutiva de importaciones, después - dictadura mediante - fue el estado privatizador que necesitaban los empresarios del nuevo capitalismo globalizado para multiplicar sus capitales hasta que el esquema dejó de ser funcional, y más tarde fue el estado devaluador que acomodó los tantos al nuevo y rentable escenario exportador.

Las desapariciones en masa de personas, las llamadas desprolijidades en las privatizaciones, las coimas en el senado después, y el siempre dudoso reparto empresario de la obra pública, dejan claro que el estado sirve para imponer las cosas que les interesan a los dueños de ese estado, y por si hiciera falta, demostró que no importa mucho la legalidad con la que ese estado funcione: lo que importa es que les sirva para lo que les tiene que servir.

Bueno, esto es el estado en el capitalismo. En el socialismo, que apunta a una sociedad sin clases y sin explotación, este poder organizado para dominar no tendría razón de ser, el estado concebido como herramienta política para controlar a los explotados y obligarlos mediante el monopolio de la violencia a aguantar las cosas como son, pasaría a ser nada más que un artículo de museo.

Es lógico, claro, concebir cierto tipo de estado político durante la transición al socialismo, de algún modo la clase revolucionaria tiene que garantizar esa transición al socialismo contra los que quieren volver atrás las cosas; ciertamente, en todas las revoluciones ha sido así y no parece que en el futuro pueda ser distinto. Pero en el socialismo, ese estado no debería ser más que un momento, un período, ese estado sería un estado en extinción, un estado en tránsito a su propia desaparición, a la absorción de sus funciones administrativas por el conjunto de la sociedad.

Está claro que esto no es ni cerca lo que pasó en lo que llaman "socialismo real" que, como te decía antes, no tuvo nada de socialismo. El estado se convirtió en el mito que entró por la ventana en el ideario socialista, en una iglesia a la que había que rendir pleitesía y, de ese modo, terminó traducéndose en un monstruo opresor que crecía en vez de decrecer. El poder político terminó estando en manos del sector social que lo administraba para su propio beneficio, que lo usó como poder organizado para dominar al pueblo trabajador.

El por qué de este resultado que agigantó y endiosó al estado en vez de comenzar los pasos para extinguirlo, es aún materia de debate y lo seguirá siendo. La situación política, la debilidad en términos económicos de los países en los que estas salidas se experimentaron, los errores de quienes dirigieron esas revoluciones y la capacidad del capital y de sus tendencias de sobrevivir al mismo capitalismo, son explicaciones parciales que habrá que seguir explorando. Lo cierto es que el dominio de una burocracia sobre esos estados que volvieron en algunos casos y en otros están volviendo al capitalismo, resultó una verdadera contrarrevolución.

Ahí están los gigantes estados del este europeo, que terminaron siendo el reducto de la KGB contra los trabajadores, la cárcel de pueblos



enteros a los que se les impedía construir su propia historia. Ahí está la Cuba de Castro, entregando la economía a las transnacionales europeas, incapaz de ofrecer claridad sobre si la misma idea de revolución sobrevivirá a su líder. Ahí está China, garantizando la propiedad privada.

Es cierto que la justificación de esos estados fuertes fue la de defender las revoluciones de los ataques de los que querían volver al capitalismo, pero también es cierto que terminaron siendo maquinarias para dominar a los propios trabajadores a los que reclamaban pertenecer. Como no estaban en vías de extinción, terminaron poniendo en vías de extinción al socialismo, devolviendo el poder a los capitalistas y ensuciando de paso el nombre del socialismo, mezclándolo en el imaginario colectivo con las alternativas que proponen un estado fuerte que corrija el caos capitalista, ese sueño de los emparchadores.

Algo parecido pasó con los sindicatos. De herramientas de poder para la lucha sindical de los trabajadores se volvieron herramientas de poder contra los trabajadores, maquinarias para que los trabajadores puedan ser mejor explotados. Y en el desarrollo de esta funcionalidad procapitalista, muchos burócratas terminan siendo ellos mismos empresarios, ellos mismo usufructuadores directos del trabajo ajeno.

Dije que iba a tratar de arrimar a una definición del socialismo contando lo que no fueron los mal llamados socialismos reales que marcaron el siglo veinte. Socialismo, entonces y para empezar, no es ese estado dictatorial que decide sobre la vida y la muerte, socialismo es un estado político que decrece hasta desaparecer, porque si hay democracia de productores y consumidores, si la sociedad decide cómo se trabaja, cuando y qué se produce, no hace falta esa maquinaria de control tanto legal como policial, no hace falta ese estado.

Pero este asunto de la democracia de los productores y de los consumidores nos remite al segundo punto, y en eso me meto en la entrega que viene.



Democracia cero

Te hablaba en el número pasado de la cuestión del estado en el socialismo y te decía que el estado perdería su razón de ser, que sería un estado en decrecimiento constante hasta desaparecer. Este tema se vincula directamente al segundo aspecto que habíamos señalado: el de la democracia de los productores y los consumidores.

Este concepto de democracia es más amplio que el de la democracia formal, en la que uno vota a sus representantes y ellos hacen después lo que quieren desde el estado o, mejor dicho, hacen lo que los dueños del capital disponen que se debe hacer con su estado, con su herramienta predilecta para mantener el control sobre la mayoría que pone el hombro para que ellos se llenen de plata.

Este concepto de democracia - democracia de consumidores y de productores - apunta a la idea de un pueblo que gobierna todos los aspectos de la economía y de la política, o sea a la idea de un pueblo que se mete en el terreno que el capital se reserva como de decisión privada y decide qué se produce, cómo se produce, cuánto tiempo se trabaja, con qué ritmos, todas esas cuestiones que en el mito capitalista "decide el mercado" pero que en la realidad deciden quienes tienen la manija, por cuenta de las necesidades de reproducción del capital.

En este mito capitalista, el mercado decide por ejemplo que se ocupe tecnología, o sea trabajo acumulado y que se ocupe esfuerzo en vender celulares o autos, en vez de ser utilizados por ejemplo para producir educación o comida o ropa, o lo que sea que fuera necesario.

La cosa funcionaría más o menos así: para los sacerdotes de la mitología del capital el mercado demanda determinado producto, los capitalistas invierten para producir ese producto y contratan trabajo para producirlo, la demanda y la oferta se cubren mutuamente en el mercado y los probables desajustes se corregirían muy sencillamente, ya que el que produce algo que no hace falta se funde o se ve obligado a redireccionar su actividad para encontrar el "nicho de mercado" - como se dice ahora - que esté sin satisfacer. O bien, el mecanismo de los precios establecidos por la supuesta libertad del mercado termina corrigiendo los desvíos de esta mecánica e ideal asignación de recursos.

Sin embargo, este fantástico artificio no da resultado por un par de cuestiones. La primera es que este mecanismo provoca una acumulación del capital en pocas manos y esa acumulación de capital provoca acumulación de poder. El que tiene el poder "fabrica" la demanda, o sea que la demanda, la necesidad de determinado producto o servicio, deja de ser un dato previo. El que ofrece, el que tiene que vender, puede imponer, crear, instalar, la necesidad de comprar y, de paso, al provocarse esta acumulación, la supuesta competencia desaparece de escena y el que vende, además de decidir qué vende, decide a qué precio.

Pero también sucede que la demanda no incluye a toda la sociedad. Un desocupado no tiene capacidad de demanda, los trabajadores que tienen todavía trabajo, tampoco. O sea que la supuesta democracia del mercado es, en el mejor de los casos, una democracia parcial, una

Te hablaba en el número pasado de la cuestión del estado en el socialismo y te decía que el estado perdería su razón de ser, que sería un estado en decrecimiento constante hasta desaparecer. Este tema se vincula directamente al segundo aspecto que habíamos señalado: el de la democracia de los productores y los consumidores.

Este concepto de democracia es más amplio que el de la democracia formal, en la que uno vota a sus representantes y ellos hacen después lo que quieren desde el estado o, mejor dicho, hacen lo que los dueños del capital disponen que se debe hacer con su estado, con su herramienta predilecta para mantener el control sobre la mayoría que pone el hombro para que ellos se llenen de plata.

Este concepto de democracia - democracia de consumidores y de productores - apunta a la idea de un pueblo que gobierna todos los aspectos de la economía y de la política, o sea a la idea de un pueblo que se mete en el terreno que el capital se reserva como de decisión privada y decide qué se produce, cómo se produce, cuánto tiempo se trabaja, con qué ritmos, todas esas cuestiones que en el mito capitalista "decide el mercado" pero que en la realidad deciden quienes tienen la manija, por cuenta de las necesidades de reproducción del capital.

En este mito capitalista, el mercado decide por ejemplo que se ocupe tecnología, o sea trabajo acumulado y que se ocupe esfuerzo en vender celulares o autos, en vez de ser utilizados por ejemplo para producir educación o comida o ropa, o lo que sea que fuera necesario.

La cosa funcionaría más o menos así: para los sacerdotes de la mitología del capital el mercado demanda determinado producto, los capitalistas invierten para producir ese producto y contratan trabajo para producirlo, la demanda y la oferta se cubren mutuamente en el mercado y los probables desajustes se corregirían muy sencillamente, ya que el que produce algo que no hace falta se funde o se ve obligado a redireccionar su actividad para encontrar el "nicho de mercado" - como se dice ahora - que esté sin satisfacer. O bien, el mecanismo de los precios establecidos por la supuesta libertad del mercado termina corrigiendo los desvíos de esta mecánica e ideal asignación de recursos.

Sin embargo, este fantástico artificio no da resultado por un par de cuestiones. La primera es que este mecanismo provoca una acumulación del capital en pocas manos y esa acumulación de capital provoca acumulación de poder. El que tiene el poder "fabrica" la demanda, o sea que la demanda, la necesidad de determinado producto o servicio, deja de ser un dato previo. El que ofrece, el que tiene que vender, puede imponer, crear, instalar, la necesidad de comprar y, de paso, al provocarse esta acumulación, la supuesta competencia desaparece de escena y el que vende, además de decidir qué vende, decide a qué precio.

Pero también sucede que la demanda no incluye a toda la sociedad. Un desocupado no tiene capacidad de demanda, los trabajadores que tienen todavía trabajo, tampoco. O sea que la supuesta democracia del mercado es, en el mejor de los casos, una democracia parcial, una democracia en la que vota solamente el que tiene plata para decidir si compra un celular, un auto, educación, ropa o comida.

AURSS e a luta contra o capitalismo...



— Prenda esse burguês porocraato! Pego em flagrante acumulando capitaais!

Te dije que hablar de socialismo es hablar de todo lo que no fueron los llamados socialismo reales conocidos durante este siglo que termina. En ellos, de más está decirlo, no había democracia de productores y consumidores. En realidad, ni siquiera hubo democracia formal, la del voto, mucho menos se puede pedir esto. En esos países, la burocracia estatal que copó el estado, decidía qué se producía y cómo, a través de un plan central. Este plan central respondía, obviamente, a las necesidades de esa burocracia que lo confeccionaba y nadie nunca les preguntaba nada a los pueblos sobre estas cuestiones.

El resultado fue un crecimiento inicial importante, ya que esta planificación era un poco más racional que el mercado capitalista. Pero ese crecimiento inicial encontró su techo porque esa ausencia de democracia y la sujeción al mercado mundial que hacía pie en los privilegios cada vez mayores de las burocracias de las empresas estatales y del mismo estado, desnudaron la total inconsistencia de un sistema que tenía todos los defectos del mercado y ninguna de sus escasas virtudes.

En esos supuestos socialismos se instalaban, acopladas al crecimiento interminable del Estado, las ideas del plan central ajustado siempre a consignas que reflejaban los intereses de los dueños del control político, que no coinciden naturalmente con los intereses de la sociedad que trabaja.

Así, aparecían los planes quinquenales, las industrializaciones aceleradas acicateadas por el sueño estalinista de superar el crecimiento capitalista y justificar su promesa del "socialismo en un solo país", el mantenimiento del monocultivo en países periféricos como Cuba que capitulaban a las instrucciones de la metrópoli soviética, el estajanovismo, que era un mecanismo estalinista para hacer trabajar más a la gente y toda una batería de imposiciones que apuntaban a determinar desde arriba qué se producía y los ritmos de esa producción.

En todo esto, claro, democracia cero. A los productores y a los consumidores no se les preguntaba nada y, obviamente, al no existir ni siquiera el disfraz del mercado que disimula esta imposición masiva en el capitalismo, ni siquiera la democracia formal del voto podía sostenerse.

El socialismo es, entonces, todo lo contrario de estas caricaturas que terminaron absorbidas por la lógica capitalista que decían combatir. El socialismo es democracia de los que trabajan, libertad de decisión para que la sociedad decida qué le hace falta y produzca lo que necesita.

Un ejemplo. Si vos tenés un poco de tierra, decidís si necesitás tomates o papas, no vas a gastar tu esfuerzo en producir papas si te hacen falta tomates. Si hubiera democracia, si tuviéramos la misma libertad de decisión que en tu imaginada quintita, seguramente el pueblo decidiría no producir tanta soja o tantos autos y preferiría ocupar los esfuerzos, la ciencia y los conocimientos, para producir lo que le haga falta realmente, así como nadie elegiría trabajar 12 o 15 horas diarias, mientras tantos están sin trabajo.

Rentistas sin títulos ni acciones

A ver: había empezado por decir que para contar qué es verdaderamente el socialismo, te iba a hablar de todo lo que los llamados socialismos reales no fueron y no son. Empecé con el tema del estado, que en Rusia, Cuba, Vietnam, China y siguen los éxitos, creció hasta hacerse una maquinaria insoportable y opresora de pueblos, para afirmar que el socialismo postula un estado en extinción, un estado cuyo destino es el de desaparecer, porque su función de control de una o varias clases sociales a expensas de una clase dominadora perdería su razón de ser.

Del mismo modo procedí con la democracia de los productores y consumidores, la verdadera democracia en la que el pueblo trabajador y consumidor gobierna, y no las grandes empresas y los bancos y afirmé que en los mal llamados socialismos reales no existió ni vestigio de esta democracia, que para el socialismo es la piedra fundamental.

La explotación del hombre por el hombre puede explicarse con el mismo mecanismo. En el capitalismo vos laburás y consumís mucho menos de lo que vale lo que producís. Con lo que vos no consumís - la llamada plusvalía o trabajo excedente - viven un montón de parásitos, empezando por los capitalistas de la empresa, los dueños de las acciones, los banqueros que prestan su plata a interés, los políticos que te venden para que votes y su comparsa de ministros, secretarios, asesores, etc, y también los otros “políticos”, los que ponen a puro tiro y golpe militar cuando ya no pueden convencerte. Ellos cobran, por los servicios prestados, pedazos de tu plusvalía en forma de grandes sueldos, dietas y coimas.

Esa explotación - o sea el hecho que hay quien se queda con parte de tu laburo - no se ve tan clara en el capitalismo porque la división social del trabajo es demasiado compleja. Te la hago corta. Vos fabricás, digamos, un auto por mes, y te quedás con lo que vale una puerta. Te aclaro, para que no creas que exagero que esto no es un invento, sino un estudio que se hizo en la década del 60 en la empresa Ford. Con el resto del auto, comen y muy bien los empresarios capitalistas, los banqueros que pusieron la guita para que se compraran las máquinas, los políticos que hicieron leyes para que a vos te toque nada más que una puerta, los periodistas pagados por las empresas que cuidan que vos no te apiolés de esto y los guardias que te mantienen a raya si vos te llegás a apiolar. Y con parte de ese laburo excedente, se reproduce el capital para perpetuar de ese modo la explotación capitalista.

En todo este asunto no importa demasiado si los sueldos son más altos o más bajos, si el capitalismo es un poquito más humano o más salvaje, este mecanismo funciona esencialmente igual

En los regímenes que siempre nos han pintado como socialistas la explotación se mantuvo, sólo que el método económico y disimulado de extracción del trabajo excedente tuvo que dar paso a un método político, menos sofisticado y a la larga, insostenible. No hay capitalistas pero quedan los dueños del estado, los burócratas del estado que acaban siendo los que toman su lugar como negociadores del fruto del laburo de los trabajadores de esos países, convertidos en una especie de rentistas sin títulos ni acciones que se quedan con la parte del león y viven bárbaro a expensas del laburo ajeno. Y no sólo ellos, claro: a expensas de los trabajadores de esos “socialismos”, viven bien unos cuantos panzones en Nueva York, en Londres o en cualquier lugar del planeta: los mecanismos de transferencia de la plusvalía a través del mercado mundial hacen lo suyo para que así sea.

Lógicamente, estos estados hablan de socialismo para las fiestas del primero de mayo, pero tarde o temprano tienen que superar esta contradicción y volver al capitalismo, porque ser un rentista sin título es una situación muy inestable que no puede durar mucho y de hecho no dura. Así que, algunos desordenadamente como los rusos, otros en una transición más lenta y tranquila, como China y Cuba, todos estos socialismos de la boca para afuera están terminando sus días en el regazo del capitalismo mundializado.

Todas las sociedades tuvieron y tendrán un trabajo excedente, no se puede pensar en una sociedad que consuma todo lo que produce, porque se estancaría. Se necesita trabajo volcado a fabricar nuevas máquinas, que no se consumen directamente sino que se aplican a trabajar menos en el futuro, se necesita trabajo volcado a la investigación, y a los inventos, y al estudio. El problema es quién administra ese trabajo excedente, que al nivel que ha llegado actualmente la complejidad de la producción y la diversidad del trabajo social, solo puede ser pensado como una propiedad colectiva, como parte de la elección democrática de los pueblos.

Ni la supuesta mano invisible del mercado, ni la vocación rentista de las multinacionales, ni los burócratas por más socialistas que se digan, serán capaces de volcar ese excedente a mejorar la vida. Esa planificación solo la podrán hacer los pueblos, los que trabajan, y ese es uno de los pilares del verdadero socialismo.

El internacionalismo es el último de los cuatro aspectos que nos hemos propuesto enfocar, pero tendrás que esperar hasta el próximo número.



Dormir con el enemigo

Ya pasé por el Estado, pasé por la ausencia de democracia y pasé por el mantenimiento de la explotación. En esta lenta travesía organizada para descubrir el socialismo por contraste, por oposición a lo que realmente pasó en los países que se dicen o se dijeron socialistas, falta hablar de internacionalismo.

Para repetir el mismo mecanismo usado en las entregas anteriores, habría que ver cómo funciona esto del internacionalismo en el mundo del capital y seguramente, lo primero que saltará a la mente del lector será este tema de la globalización tan charlado durante los noventa y un poco olvidado en lo que va de esta década.

La cosa es, como siempre, un poco más complicada. Al igual que el Estado capitalista parece de todos pero no lo es, parecido a la democracia capitalista en la que el demos no decide justo lo que le resultaría necesario decidir y similar a la explotación del hombre por el hombre que se disfraza de igualdad de oportunidades detrás de los países mágicos del mercado que desigualan con eficiencia sin igual, el capitalismo parece internacionalista pero no lo es, o sea: es incapaz de construir un solo mundo en el que sus partes interactúen de algún modo más o menos razonable.

Es internacionalista sí, la voracidad del capital. La plata genera plata que debe invertirse en algún lado para seguir generando plata, o sea explotando trabajo ajeno, dado que la plata no es otra cosa que trabajo acumulado con forma de billete o de depósito bancario. Entonces, cuando se acaban los nichos de mercado dentro del país, hay que salir a buscar afuera, a invertir en el ancho mundo llenos de países paraísos con tanta área privatizable y tanto salario de republiqueta bananera.

Digámoslo de otra manera, entonces: el capital es internacionalista en el sentido de que su territorio de caza es internacional y de que su mecanismo eternamente expansivo no tiene motivos para respetar ninguna frontera. Tan es así, que ni siquiera alcanza con llamarlo planetario: en cuanto se pueda lo veremos haciendo negocios allende el espacio exterior.

Sin embargo, no es internacionalista en el sentido de que es incapaz de pensar un mundo. En realidad esto no es más que la extensión de su mecanismo contradictorio de construcción destrucción del que ya hablé en una de las primeras entregas: avance y retroceso, decía por allá por la revista 90, son el resultado simultáneo del mismo proceso, porque para avanzar, el capitalismo debe sembrar la semilla de la barbarie, la explotación y el sometimiento del hombre y la naturaleza a sus propias necesidades de reproducción.

De ese modo, de ese internacionalismo trucho del mundo del capital no resulta un mundo humano en el que todos nos hermanamos sino Hitler o Irak, o sea todo lo contrario, un mundo en el que resulta necesario liquidar al prójimo para sobrevivir. Al igual que en los escenarios



nacionales, la lógica expansiva del capital que todo lo subsume, lejos de implicarla, se repele con cualquier idea de humanidad.

El internacionalismo es para el ideal socialista un plan antes defensivo que ofensivo. La idea de estructurar micromundos socialistas es inevitablemente previa a la de construir un mundo socialista, pero ocurre que el capitalismo está obligado por su propia lógica a deglutirse todo y entonces al final, se termina concluyendo que cualquier coexistencia pacífica resultará inevitablemente insostenible.

Supongamos que la primer idea socialista fuera la de la comunidad, un grupo de gente que se dispone a hacer su propio pequeño mundo en el que no habrá moneda ni explotación y reinará la solidaridad y entre todos decidirán qué producir y cómo. Seguramente, un proyecto así sería capaz de funcionar un tiempo, aunque sufriría cotidianamente embates de la economía exterior capitalista y de su mercado con el que tendría que realizar constantes intercambios en condiciones desiguales, ya que afuera se explota trabajo ajeno y adentro no.

Aunque pusiéramos a un lado esta competencia desleal quedaría todavía otro problema: si más gente tendiera a imitar el experimento comunitario que estamos suponiendo reduciendo más y más el territorio de explotación para el capital, el mundo de los negocios respondería por todos los medios a su alcance - económicos, ideológicos, militares, lo que sea - para defender su "derecho" a la expansión interminable. Así sucede de hecho hasta con los propios experimentos comunitarios que montó el capital en función de sus propias necesidades: la educación pública, por ejemplo, que ha sido progresivamente privatizada.

A partir de allí, el problema se reproduce a distintas escalas y con diferentes barnices ideológicos, ya sea que hablemos de inmensas cooperativas, de kibbutz israelíes manejados con criterios comunitarios o de países enteros que se reivindican socialistas. Todos ellos sufren la agresión cotidiana vía intercambio con el mercado capitalista que opera en condiciones ventajosas, todos sufren la agresión expansiva del capital que tiende continuamente a subsumirlos o a aniquilarlos y todos se convierten entonces, en micromundos sitiados y en vías de ser recolonizados por el capital.

Esta visión del problema del internacionalismo como un tema defensivo, no debería ocultar que lógicamente cualquier trabajador de cualquier país, en cuanto humano, llamaría igualmente a los demás trabajadores del mundo a cambiar un mundo tan desastroso. Sin embargo, este punto de vista permite problematizar lo que ha sido el declive del internacionalismo en los países que se autodenominaron socialistas.

En los primeros momentos de la revolución rusa, la idea de internacionalismo no se reducía a un problema de solidaridad, era un problema de ubicación ante las luchas tal y como se daban y se resumía en que era más importante el avance de la revolución mundial como un todo, que la propia sobrevivencia de la revolución nacional en Rusia. Significaba que la patria era el socialismo mundial y que había que pensar

la lucha en esa perspectiva general, porque habría socialismo mundial o no habría ningún socialismo.

A posteriori y a instancias de la dirección estalinista en la Unión Soviética, los nuevos vientos hablaron de “socialismo en un solo país” y de “coexistencia pacífica” y el internacionalismo terminó resultando en las palabras la mera solidaridad con los demás pueblos y en los hechos, la utilización de las luchas de la clase obrera mundial al servicio de las necesidades de las burocracias soviéticas, vía la utilización de los partidos comunistas, sucursales extendidas por todo el planeta.

El cuentito contaba que la planificación socialista iba a superar al capitalismo y entonces todos se iban a hacer socialistas por contagio, pero no fue así. Como a la gente de nuestro ejemplo de la comunidad, el intercambio con el mercado capitalista – que se expresa entre otras cosas en la aparición de una burocracia que realiza ese intercambio y saca tajada - y la agresión expansiva del capital que tiende continuamente a subsumir o a aniquilar, los llamados países socialistas que no lo fueron, se convirtieron en micromundos sitiados que probaron una vez más que no es ningún negocio dormir con el enemigo.

Con esto, se nos terminaron los cuatro aspectos de los socialismos llamados reales que íbamos a contraponer para descubrir qué no debe ser el socialismo para serlo realmente. Habrá que explorar en los próximos números, algunas formulaciones positivas.



Un mundo sin dinero

Definir al socialismo como contracara del capitalismo, incluso definirlo a través de lo que los llamados socialismos reales no fueron, no es cosa tan complicada. En las quince entregas que preceden a la actual, en esta serie que hemos dado en llamar Apuntes sobre el Socialismo, me he ocupado principalmente de este aspecto. Voy a intentar buscar ahora algunas formulaciones positivas, algunas que permitan ver al socialismo de frente y no como promesa perfilada por contraste sobre el fondo de esta historia tal como es.

Lo primero que se me ocurre es que hay que huir de las utopías. Tal como escribiera Maytland Goyeneche en esta revista, en un artículo titulado “Sobre utopías o lugares y no-lugares - Peras a los perales” (revista93crónica) “cuando nos dicen utópicos nos están diciendo que no seamos boludos y que dejemos de pensar en cosas que jamás se van a poder realizar”. Entonces para no aportar a la tentación de que nos digan boludos, mejor dispararle a eso de imaginar mundos socialistas, bucólicos y felices, mejor escapar de relatos de un futuro que sólo le corresponderá forjar a los hombres en el camino de la historia que es como sale y no como a los escribas y a los soñadores se les ocurre que debiera ser.

En ese aspecto, el socialismo no puede ser más que un apunte, un proyecto, nunca un plano terminado puesto a punto en un laboratorio. Podría - claro, quienquiera - crear un mundo literario y decir este es el socialismo que imagino y encontraría seguramente lectores cómplices para su licencia y a otros que no lo serían tanto. En estos apuntes, ese giro poético sonaría directamente a pavada, a sueño improbable que se pretende ciencia.

Sopesadas estas salvedades, se me ocurrió enfocarme en un sólo aspecto, en alguno que uno pueda afirmar que en ese eventual socialismo futuro se cae de maduro. Entonces: el dinero, dije, su ausencia, claro, lógicamente.

Si uno puede jugarse a adivinar algo de un mundo socialista, no puede negarse que la más fácil es la de imaginarse un mundo sin dinero. Pero para no dejar sobreentendidos habrá que afirmar el por qué de esta seguridad y para eso habrá que hurgar un poco en qué es el dinero en este mundo del capital del hoy por hoy.

Lo primero es casi elemental, el para qué sirve el dinero. Dejemos de lado su función de unidad de medida que lo aproxima en su utilidad al sistema métrico decimal y su función de acumulación que ya te cuento, y aboquémonos por ahora a su utilidad de resumen del cambio, de síntesis del trueque con intermediario.

El asunto resulta en que un toco de dinero se presenta en el mercado y dice aló, soy la guita, valgo lo mismo que un kilo de papas o valgo lo mismo que ese súper sport o valgo lo mismo que lo que sea porque soy el dinero. Todos dicen cómo no, claro que sí, y entonces el montón de billetes y el súper sport se cambian el dueño sin dudarlos.

Ahora mirá más de cerca: si no estuvieras tan acostumbrado el asunto sería bien ridículo, un montoncito de papeles por un auto - inclusive por un kilo de papas - parece un desatino. Qué tiene el dinero





para lograrlo?

Para verlo más de cerca todavía voy a darte vuelta la frase hecha que reza que el tiempo es dinero, nada más que para afirmar que lo correcto será decir que el dinero es en realidad tiempo, tiempo de trabajo concentrado y encerrado en esos papelitos con figuras de próceres. Para que el tiempo de trabajo llegara a este envase, para lograr esta convicción casi religiosa de que de verdad está metido ahí adentro, para que todos lo creyeran sin dudar, hicieron falta siglos, pero ahí está. El pesito que tenés en la mano puede cambiarse fácilmente con un kilo de papas y el verdulero no vacila, sencillamente porque ahora todos creen que valen igual, que tienen adentro el mismo tiempo de trabajo.

Digamos que vos ganaste el pesito manejando un colectivo o laburando en lo que sea. Digamos que en ese tiempo que te llevó ganar el pesito, vos podrías haber producido el kilo de papas si tuvieras pasta de granjero. Digamos que más o menos se están cambiando sus tiempos de trabajo, en la verdulería y sin conocerse, vos y el productor de papas. Hasta ahí estaría todo fenómeno y el dinero sería un juguete neutral, apenas un artificio para acercar a dos productores lejanos, a vos que manejas un colectivo y a otro señor que cosecha papas.

Pero la cosa no es así, claro: en el medio están los capitalistas y el robo del trabajo ajeno que se esconde en los trucos de magia del mercado y entonces la acumulación que se realiza de muchos modos, pero que siempre se mide en dinero.

Aumento la apuesta. En vez de un kilo de papas vamos a comprar el súper sport y entonces el toco de dinero ya es más grande porque tiene que igualarse por lo menos a todos los trabajos de hacer las puertas, el motor, los engranajes, la idea, los planos, las máquinas que ayudan a hacer todas esas cosas y claro, ya te diste cuenta que tendrías que manejar el colectivo demasiado tiempo para lograr igualar los tiempos de trabajo de tus billetes y los del coche del que hablamos. Pero esos vehículos se compran lo mismo, hay mucha gente que los compra encima después de alimentarse bien y de bien vestirse, de viajar por el mundo y de tener mansiones, entonces cómo, entonces cómo hacen para juntar tanto tiempo de trabajo en forma de billete, decís.

Valga la escena de una película como respuesta: el personaje un ladrón que le deja una bolsa con plata a su ex mujer, ella que dice no, que es plata robada, él que le hace callar cerrando la discusión hecha en voz baja: “toda la plata es robada”, dice.

Puede ser que el peso de tu kilo de papas zafe de esta definición tan tajante de plata robada, pero la plata de a mucha, esa plata de a montones que mueve al mundo ni hablar, es la prueba del delito del capital. Por eso no creo que pudiera sobrevivir así en el socialismo.

En la siguiente entrega me meto con un par de ejemplos de actuales mundos sin dinero, ejemplos con el copyright de Marx que los usa para demostrar en dónde no hay valor de cambio. El primero versará sobre una familia campesina que construiré para la ocasión y el segundo va a sorprenderte un poco: la empresa capitalista.

Intercambio de actividades

Dije: en la siguiente entrega me meto con un par de ejemplos de actuales mundos sin dinero y esta es justamente la siguiente entrega, así que. El asunto era tratar de mostrar la posibilidad práctica de un mundo sin dinero visto que el dinero - en tanto prueba del delito capitalista - bien puede imaginarse el gran ausente en un eventual mundo socialista.

En realidad, en aquel ejemplo en el que un colectivero compraba un kilo de papas, habíamos aceptado que el dinero se comportaba como un juguete neutral, como un artificio para acercar a dos productores lejanos, a uno que maneja un colectivo y a otro que cosecha papas. En ese ejemplo - dejemos de lado las distorsiones del mercado - el vil metal funcionaría como un facilitador del intercambio de actividades sociales, evitando la incomodidad de tener que ir hasta la quinta a cambiar las papas por algo o, peor todavía, a verse obligado a pagar el pasaje de colectivo con papas.

Sin embargo, para que este ejemplo sea real habrá que incorporar otros elementos. Por ejemplo, nuestro colectivo tendrá un dueño que se quedará con parte del tiempo de trabajo de nuestro colectivero, y sin laburar. El señor que cosecha papas, por su parte, habrá pedido algún crédito a algún banco y detrás algún inversor se estará quedando - sin saberlo porque ni le importa - con parte del trabajo de producir papas. Todos, por su parte, pagarán impuestos que entre otras cosas más útiles, financiarán la vida de políticos, de asesores y de ñoquis.

Ya ves. El pesito del kilo de papas, que aparentemente cumplía la sencilla misión de hacer de intermediador de actividades de nuestros dos productores, traía adentro algunas complejidades que dejaban tiempos de trabajo en forma de moneda, en manos de variados parásitos.

Lo que sucede es que el dinero es un fetiche, diría el viejo Marx y realmente, podría decirse que la función social más importante de la moneda es la de enmascarar las trampas de ese intercambio de actividades que es la base de cualquier producción social. Si este sencillo hecho no fuera eficientemente disimulado por la delirante suposición de que la moneda vale porque sí, los accionistas que viven de la rentabilidad de las empresas que se obtiene justamente robando trabajo a otros, no podrían explicar cómo obtienen tanto dinero - que es tiempo de trabajo social concentrado - si ellos no han trabajado absolutamente nada. Y seguramente estarían presos.

Dejemos del lado entonces al dinero y busquemos dónde ese intercambio de actividades se da sin su engañosa intervención. Habíamos dicho que construiríamos una familia campesina a la medida de nuestras necesidades.

Supongamos esta familia en la que conviven tres generaciones y a veces cuatro, que están llenas de hermanos, primos, tíos y demases. Esta gente vive en el campo y tiene alguna tierra que cultivar, unas vacas y unas gallinas, de modo que producen para su sustento. Su relación con el resto del mundo es mínima porque en el ámbito familiar se cosecha, se ordeña, se cose, se cocina, se teje y todo lo que venga, así que para lo poquísimo que falta - casi nada - se usa el dinero que se saca de vender el escaso excedente.

En esta familia no todos hacen de todo, claro. Unos salen a trabajar y otros se quedan en la casa lavando la ropa. Ni a tíos, ni a primos, ni a madres, ni siquiera a ese abuelo refunfuñón que siempre los hay, se le ocurre ponerle un valor a lo que hace, un valor que serviría por ejemplo para cambiar una docena de huevos por un buen plato de guiso recién cocinado.

Más allá de la democracia con que se ejerza la división de roles - generalmente no demasiada - lo cierto es que la economía familiar funciona



sin moneda. Las actividades se intercambian en esa pequeña sociedad por tradición o por costumbre o porque todos están de acuerdo o porque alguien lo impone. Nadie mide el valor al que se intercambian esos servicios mutuos.

Hoy por hoy, claro, la familia urbana es más pequeña y su relación con el mundo exterior es mayor. Uno o varios integrantes de la familia consigue un ingreso más o menos regular en dinero y con eso se compran cosas con un más alto agregado de trabajo social, de modo que para una pizza nadie siembra ya el trigo para sacar harina y muchos ya ni siquiera amasan: arrancan directamente por la pre-pizza. Más allá de eso, el intercambio de actividades al interior de la familia sigue dándose sin dinero de por medio, aunque el dinero lo invade todo y por eso el trabajo de ama de casa no es tomado demasiado en serio, paradójicamente, porque no se lo enmascara en un valor medido en dinero, que como es un fetiche y por eso está en el altar.

En la entrega que viene, el ejemplo del mundo sin dinero lo traerá la empresa capitalista, que de paso me vendrá bien para algunas reflexiones sobre la racionalidad y la irracionalidad en el capitalismo. Pero todo eso dentro de catorce días.

Besos y abrazos.



Racionales e irracionales

Estaba dando ejemplos de mundos sin dinero, tangibles y reales, como para huir velozmente del terreno de las utopías. Si hay hoy mismito mundos así, el socialismo que tantos sindicaron imposible, el socialismo que en teoría no requerirá del dinero para enmascarar el robo del trabajo ajeno, tendría cuando menos una prueba de posibilidad.

Ya di el ejemplo de la familia campesina que intercambia actividades sin que medie el dinero y hablé también de la familia urbana que si bien ha limitado este intercambio de trabajo no mediado por el dinero a muy pocas cosas – vos hacés la cama, yo lavo los platos – tiene todavía algo de aquella familia predecesora.

Dije que el otro ejemplo te iba a sorprender bastante pero no tuve el cuidado de guardarme la sorpresa: ya te anticipé que me iba a referir nada menos que a la empresa capitalista. Y así es: al interior de la empresa capitalista no hay dinero.

El ejemplo viene bien, porque hay quienes opinan que eso del socialismo es muy bonito pero que la sociedad es muy compleja para que funcione un mundo así. Sin embargo, la empresa capitalista es bastante compleja, organiza una línea de producción que empieza – supongamos – en un grano y termina en harinas, organiza diferentes trabajos que se acoplan para que haya un flujo de producción sostenido y ajustado a la demanda.

Pero la empresa puede ser todavía muchísimo más compleja. Del grano podrían derivarse varios productos diferentes y entonces ya no se trata de una línea de producción sino de varias y encima la empresa podría administrar servicios, como un colectivo que lleva y trae al personal o un comedor, o podría estar integrada verticalmente a otras empresas que distribuyan el producto o lo vendan, o a explotaciones agropecuarias en las que se obtenga el grano, o horizontalmente a empresas que produzcan por ejemplo los envases.

Todas esas actividades se intercambian al interior de la gran empresa sin que el dinero aparezca ni dibujado. Un control centralizado – y nada democrático, pero ese es otro tema – decide qué se produce y cómo, a dónde hace falta invertir trabajo y a dónde no.

Este ejemplo de la fábrica capitalista sirve también, de paso, para algún comentario sobre la racionalidad y su opuesto, la irracionalidad más terrible que campea en el mundo del capital.

En nuestra empresa del ejemplo alguien planifica para que la utilidad se maximice. Estima cuanto va a vender y resuelve cuántas hectáreas sembrar, cuántos envases producir, cuanto tiempo de trabajo – del que surgirá la famosa plusvalía - va a tener que comprar en el mercado de trabajo y todos los etcéteras que se te ocurran. Puede ser que para la planificación se use alguna unidad de medida que parezca moneda, pero lo cierto es que sección agrícola no le cobrará los granos al sector molino, ni el sector molino cobrará la harina al área de envase, los precios no existen porque al interior de la empresa capitalista no existe la moneda.

De esa planificación al servicio de la utilidad capitalista surge cierta racionalidad, al punto que si el planificador acierta se trabajará lo menos posible para conseguir la mayor cantidad de producto, algo parecido a lo que pasa en nuestra familia campesina a un menor nivel de complejidad.

Está claro que ese “trabajar lo menos posible” no tendrá para la empresa capitalista el objetivo de que los productores tengan más tiempo de ocio, no señor, sino la finalidad de obtener más plusvalía porque comprando menos tiempo de trabajo se obtiene más ganancia, pero aclaremos lo mismo que esa crítica moral no hace mella a la mayor racionalidad de la que



hablábamos: al fin de cuentas ellos planifican para eso, para ganar más plata.

Afuera del mundo planificable de la empresa, el capital funciona en la imposibilidad de planificar, se las arregla en la irracionalidad más misteriosa, y por eso todo se resuelve en grandes crisis y en guerras comerciales y de las otras. El mundo del mercado con supuestas manos invisibles, el mundo de la ficción del dinero, es en verdad un mundo imprevisible e inmanejable hasta para sus propios propagandistas que dicen confiar en sus supuestos automatismos y así estamos.

Obviamente el que haya elegido estos ejemplos, no significa que pretenda reivindicar a la familia campesina y a la empresa capitalista, pero demuestran la posibilidad de un mundo sin dinero. Tampoco pretendo hacer pensar que la simple universalización de sus funcionamientos resolvería el problema de la anarquía del capital: ni se me ocurriría sugerir el ridículo de que la solución sería que el mundo funcione como una gran familia ni mucho menos como una gran empresa.

El problema de la superación del mundo del capital es una cuestión mucho más complicada y el problema de la transición a ese mundo – que es nada menos que el problema de las revoluciones – está rediscutiéndose a la luz de los caminos que tomaron los socialismos realmente existentes. Sin embargo, a pesar de las dificultades que puedan aparecer, el asunto aparece cada vez más como de vida o muerte: el mundo del capital no parece darse mucha maña para sobrevivirse.

El automatismo capitalista, los vaivenes del mercado, la mano invisible, son apenas la muestra discursiva de que en el mundo del capital la raza humana ha perdido la capacidad de discernir su futuro, ha renunciado a la opción para aceptar ser llevada de la oreja por un mecanismo del que no sabe demasiado: hoy una burbuja bursátil, mañana un negocio que agranda el agujero de ozono y un calentamiento global y después una baja masiva de precios y quiebras en cadena y más tarde guerras para rebuscársela en el pedazo de mundo que queda en pie, si es que algo queda.

Estos apuntes apuntan a dejar algo anotado sobre las posibilidades del socialismo, a salvarlo del bastardeo que ha sufrido, a ponerlo de nuevo en el temario, pero solo son palabras. Que el socialismo sea o no sea dependerá de la historia que, de acá para adelante, está todavía por hacerse.

Será hasta más vernos.

